VIDA MONTEVIDEANA

REVISTA SOCIAL ILUSTRADA
DE
LITERATURA Y BELLAS ARTES
APARECE LOS DOMINGOS

Año I	Montevideo, Noviembre 7 de 1897	Núm. 19

Director y Redactor:
RAFAEL J. FOSALBA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
Capital un mes . . . . $ 0.50
Campaña y Exterior un mes . . » 0.60
Número corriente . . . . . . » 0.20
Dirección y Administración: Convención 82

Administrador:
A. Julio Botta
Gerente:
Máximo Seré
Secretario de Redacción:
Fermin Héctor Casas

GALERÍA DE BELLEZAS MONTEVIDEANAS



Cata Perez Gomar

(Fotografía de Chute y Brooks)

SUMARIO

EL VESTIDITO CORTO

Á LAS MAMÁS JÓVENES

En cuanto los rigores del invierno desaparecen para dejar paso á las auras primaverales, y la Iglesia celebra las solemnes fiestas de San José, de la Encarnación, de Páscua Florida, las madres de niños pequeñitos, de los que cuentan su existencia por meses y viven sujetos entre la finura de los pañales y el abrigo de las mantillas, se preocupan de lo que es para ellas una cuestión de importancia: poner á su *bebé* de corto.

Pero cuando la importancia de este acto, que es en el hogar un verdadero acontecimiento, sube de punto, es cuando el niño ó la niña á quienes se vá á librar de la fajadura, á que se les sujeta desde que nacieron, son primer fruto de una de esas uniones felices formadas por el amor en plena primavera de la vida y consagradas por la Religión con el beneplácito y la alegria de dos familias.

Dos esposos jóvenes que se aman con toda su alma, que se han consagrado la existencia y que se inclinan juntos para ver dormir en la cuna el fruto primero de sus amores, á la preciosa criatura que el cielo les ha enviado para bendecir su unión, disfrutan de la felicidad más grande de que se puede gozar acá en la tierra.

El esposo experimenta, unido al goce de la paternidad, el natural orgullo del varón que ha dado vida á un ser que lleva su sangre y su nombre; y la esposa es toda ternura, considerando que aquel capullito de rosa, que vive y alienta, ha venido á estrechar más y más los lazos con aquel que eligió su corazon y ha de ser su compañero para recorrer los senderos de la vida.

La maternidad dá á la mujer una aureola de veneración que cuando se armoniza con la juventud y la belleza produce un conjunto verdaderamente sublime.

Cuando se vé á una madre jóven con su hijo en brazos se recuerdan las madonas de Rafael, esas creaciones admirables del arte, en que la mujer aparece con el mas grande de los prestigios.

El padre que necesariamente tiene que ausentarse del hogar para cumplir sus deberes, no puede experimentar la mayor parte de las satisfacciones que son un continuo júbilo para la madre de una criatura sana y hermosa. La que todavia no hace muchos años jugaba con la muñeca, se deleita con aquel *bebé* de carne y hueso, y no hay para ella noción del tiempo, cuando le vé agitarse en el baño, juguetear con el agua, sacar chorreando sus piececitos de color de rosa, y extender, como demandando algo, sus manitos de azucena.

Pero el momento solemne llega; el niño ó la niña han crecido, el ama declara que ya no se puede estar quieto dentro de los pañales, los frios del invierno han desaparecido, y ya hay que pensar en *ponerle de corto*, esto es, en sustituir faldones y mantillas con la faldita que deja mas libre los movimientos del angelito, en calzar sus diminutos pies, para que se acostumbre á posarlos en el suelo y aprender á dar esos primeros pasos que inundan de alegria un hogar, haciendo resonar en él los écos de risas arrancadas por la dicha.

La canastilla, la envoltura, ya preocupó á la madre; pero mientras la preparaba no podia tener más que esperanza, y la esperanza vá unida siempre á la niebla del temor: la sombra de lo desconocido. Y al preparar el primer vestido corto, nieblas y sombras se han desvanecido, porque la esperanza es realidad, el hecho existe, el angelito que se esperaba ha venido, y está en su cuna almohadillada, rodeadito de encajes que parecen espuma, en medio de los cuales se destacan las formitas redondas y llenas de hoyuelos, las carnecitas sonrosadas y blancas, como si se hubieran formado con pétalos de rosa amasados con nieve, todo animado por aquella cabecita de expresión indefinible para la madre con el resplandor del más asombroso lucero.

¡Qué gozo proporciona á la esposa feliz la preparación del primer vestido corto del fruto de sus amores!. Se producen para ella las alegrias infantiles que ocasionaron las muñecas, pero unida á la seriedad de su nuevo estado, de su posición de mujer formal, de señora casada, y sobre todo de madre.

Ya está todo preparado, los pantaloncitos con los gripures, las enagüitas con los entadoses, el vestido con sus lazos, y cuando todo se ha ido colocando en su sitio adornando poco á poco al niño ó la niña, entónces la alegria estalla, y se unen las risas, las exclamaciones y las palmadas.

¡Ahora si que está monísima la criatura!

¡Cómo ha crecido!

¡Si parece imposible que tenga tan poco tiempo!

Y la llevan para que la vean sus abuelos y se la enseñan á sus parientes y á los amigos, y todo son satisfacciones ante aquel acontecimiento: el *primer vestido corto*.

Luego vendrán otros y otros; el niño ó la niña crecerán, y el tiempo pasará cumpliendo su destino. ¡Pero, dichosos los que en la primavera de la vida han podido disfrutar de estas alegrias, bienaventuradas las madres que han puesto ellas mismas el primer vestidito corto á sus hijos!

Sea lo que quiera lo que las reserve el mundo, pueden decir que han conocido la ventura más grande de las venturas.

En estos dias he visto recién puestos de corto los hijos de algunas de las juveniles beldades que no hace mucho coronaron con diademas de azahar sus lindas cabezas. ¡No puede darse cosa más bella! El alma se recrea viendo esas dichas, como el cuerpo atraido que recibe la caricia de un rayo de sol de primavera, y salen del corazón los votos que se hacen porque la ventura de esas madres sea duradera, y que asi como han preparado el *vestidito corto*, el primero de importancia en la vida de sus hijos, puedan preparar también el que le sigue en solemnidad, el segundo de trascendencia, esto es, el traje de la primera comunión.

KASABAL.

SINFONIA EN GRIS MAYOR

El mar como un vasto cristal azogado
Refleja la lámina de un cielo de zinc;
Lejanas bandadas de pájaros manchan
El fondo bruñido de pálido gris.
El sol como un vidrio redondo y opaco
Con paso de enfermo camina al cenit;
El viento marino descansa en la sombra
Teniendo de almohada su negro clarín.
Las ondas que mueven su vientre de plomo
Debajo del muelle parecen gemir;
Sentado en un cable, fumando su pipa,
Está un marinero pensando en las playas
De un vago, lejano, brumoso país.
Es viejo ese lobo. Tostaron su cara
Los rayos de fuego del sol del Brasil;
Los récios tifones del mar de la China
Le han visto bebiendo su frasco de gin.
La espuma impregnada de yodo y salitre
Ha tiempo conoce su roja nariz,
Sus crespos cabellos, sus bíceps de atleta,
Su gorra de lona, su blusa de dril.
En medio del humo que forma el tabaco,
Vé el viejo el lejano, brumoso país,
A donde una tarde caliente y dorada
Tendidas las velas partió el bergantin...
La siesta del trópico. El lobo se aduerme.
Ya todo lo envuelve la gama de gris.
Parece que un suave y enorme esfumino
Del curvo horizonte ya borra el confin.
La siesta del trópico. La vieja cigarra
Ensaya su ronca guitarra senil;
Y el grillo preludia su solo monótono
En la única cuerda que está en su violin.

RUBEN DARÍO.

Buenos Aires, Noviembre de 1897.

LAS ALAS CAIDAS

Hubo cierta mañana en que una abeja entró por la ventana abierta de la cámara de una jóven que bordaba.

La abeja murmuraba por aqui, por allá, como enajenada y soñando.

Habia besado multitud de flores en las aberturas de los barrancos en donde palpitan como enjambres las mariposas doradas, en las florestas primaverales que atraviesa el vuelo negro y blanco de una urraca en los senderos del bosque, en donde se engancha á los hilos de la Virgen la trepadora ligera, las *clematidas y volubilis*.

Jamás ella habia visto tantas flores bonitas como aquellas de la cámara de la niña.

Sobre la tela de los muros, sobre la tela de los muebles, en las cortinas de la blanca cama, se entreabrian por millares los claveles y las balsaminas, los jacintos y los renúnculos; en los dos espejos frente por frente se reflejaba todo el mes de Octubre de un infinito jardin; alli habian manojos de englatinas entre los pliegues de un vestido colgado á la muralla florida; alli las ramas de lilas entre las cintas de un sombrero caido en el musgo del tapis; era una rosa blanca que renacia de la gasa bajo los dedos rosados de la bordadora...

La abeja no se conocia de contenta por causa de tantas corolas y de tantos perfumes sin duda; púsose á merodear por todas partes deteniéndose en el sombrero, insinuándose con el traje, botándose á los espejos, yendo de los claveles á las balsaminas, no sabiendo qué preferir si un jacinto ó un renúnculo, volando alrededor de la niña por estampar sus besos á la rosa inconclusa; y ella pensaba en su espiritualidad de abeja en la dulce miel que tendria en el alvéolo de su colmena.

Pero bien pronto se maravilla.

Le parece que esas flores, más bellas que las demás flores, no tenian aroma, insensi-

bles á la picadura del aguijón y era en balde que buscara el botin, de pétalo en pétalo; se sentia más hambrienta que antes y entónces lamenta el sendero de la floresta, el hueco de las peñas y las praderas primaverales.

Deseó regresar allá, alzó el vuelo y se marchó derecho.

Pero sin embargo la ventana estaba cerrada.

La abeja, tristemente agazapada en una de las mentidas englatinas del vestido, murió sin haber logrado la miel en medio de tantas y bellas flores.

***

Llegó un dia en que un ruiseñor entró por la ventana abierta á la cámara de una jóven que cantaba.

Ella vuela por aquí, por más allá, siempre encantada.

Habia escuchado muchos pájaros en la floresta ó en los árboles del parque: los jilgueros que revolaban de una rama á otra, agitando sus castañetitas de oro; las cotorras habladoras que no saben lo que cantan; el *cu-cú* que se queja; él habia escuchado su propio gorgeo, lento, límpido, profundo á la luz tibia de la luna en las noches misteriosas.

Nunca habia escuchado tantas bellas canciones como las que oyó en la pieza de la jóven.

Las manos errant s de un estremo á otro del clavicordio, la jóven música sobre los ritmos vivos y multiplicados cantaba los aires de alarma parecidos á los impetus de risa y cuyas notas se desparpajan en trinos como el ruido del cristal quebrado. Su voz era gozosa como aquellas que tararéan los lúnes de estio bajo los pabellones de los ventorrillos, y acordándose de los violines del baile extrangero y de las fláutas, sabia todas las músicas que se bailan y hacen bailar.

El ruiseñor un tanto sorprendido se divirtió mucho á causa de las muchas canciones y cuadrillas. Hallábase oculto bajo el cieloraso de la cámara, en una especie de gran nido que habia encontrado allí. Escuchaba marcando la medida de los pequeños movimientos con el cirillo. No se limitó únicamente á escuchar. Dócil á las lecciones, gorgeaba tambien como la loca música, diciendo el sugeto de las polkas, repitiendo las romanzas de las operetas, volviendo á tomar el estribillo; y él soñaba, en su espiritu de pájaro, en las bonitas canciones con que se divertia en las noches de estio sobre sus ramas.

Pero bien pronto una tristeza le asalta.

Le parecia que esos aires alegres no valian lo que sus melodias melancólicas, ensaya modular la canción de poco antes, limpida, lenta y profunda: la habia olvidado; entónces lamenta la floresta y los árboles del parque donde revoletean las golondrinas.

Quiso regresar, abrió las alas y se lanzó

Pero se hallaba en una jaula cuyas puertas estaban cerradas.

El ruiseñor, oculto tristemente bajo el cielo de la cámara, detrás de la rejilla, murió, mudo entre tantas canciones alegres.

***

Una tarde llegó en que un poeta entra,—pero no por la ventana,—en el aposento de una dama que reia su vida alegre.

El la mira maravillándose.

Habia admirado muchas jóvenes en su pequeña villa, donde se gozan juegos inocentes sobre un lecho de madreselvas: en la iglesia, en la misa dominical, al reflejo de los vidrios coloreados que ciñe aureolas á las frentes de los arrodillados; en los graves salones donde los padres juegan un *whist* mientras que los jóvenes y las muchachas hablan dos á dos detrás de las cortinas de la ventana.

Jamás habia visto tanta gracia como en la pieza de esta hermosa.

Todas las promesas de placer sonrieron en los ojos de esta encantadora y el perfume perverso que salia de sus cabellos volvia la cabeza lurda como con una extraña embriaguez. Las puntas de sus dientes agudos, en su boca entreabierta, inspiraban el deseo de ser mordidos en el corazón hasta agotar la sangre, y aun léjos de ella parecia sentirse sobre el cuerpo la cubierta de su traje, de su cabellera, de sus brazos, como un apretón que no cesara jamás.

El poeta se hallaba lleno de delicia á causa de estos encantos y halagüeñas gracias. Arrodillase tartamudeando su confesión, besando dos caros ojos traidores que ella no apartó de los suyos, ofreciendo su corazón á las mordeduras de sus dientecillos agudos, abismado en la envoltura de su vestido, de su cabello, de sus brazos, y él pensó en su espiritu de poeta, en los versos hermosos que compondria para celebrar las gracias de su amiga.

Pero bien pronto la melancolia lo asédia.

Pareciale que esta mujer, mas encantadora que las otras mujeres, no daba amor en cambio del amor, que no se conmovia á la presión de sus besos sinceros, era en vano que la confundiera entre sus brazos, devorado por su ansiedad; entónces la detestó, lamentó su pequeña villa, la misa del domingo bajo la reflexión solar de los vidrios coloreados y la charla con las ruborosas primas en la embrazadura de las ventanas.

Quiso regresar al seno de su hogar tranquilo.

Pero los brazos de la encantadora no eran de aquellos que permitian la fuga.

El poeta, dolorosamente abismado en los pliegues del vestido, murió sin amor en medio de caricias, como habian muerto, la abeja, de pena de no haber hecho miel, y el ruiseñor, del pesar de su canto perdido.

CLOTARIO MENDOZA

BATELERA

Batelera de bucles rizados.
De ojos negros y triste mirar;
Es tu voz el arrullo que imitan
Las ondas que vienen llorando del mar.
Canta! Canta! La brisa suave
Acaricia tu rostro gentil,
Y que prenda la aurora en oriente
Sus gasas flotantes de bruma sutil.
Coge el remo, la barca te espera,
Ya del dia despunta el albor;
Boga rumbo al pais del ensueño!...
¡Son naves doradas los cantos de amor!...
Boga, boga, playera querida,
De tus remos cantando al compas!
Puebla el aire de risas y arrullos,
Y...¡adios!...para siempre, playera, te vás!...
¡Dios te guarde!...que siempre en tus ojos,
En tus ojos de dulce mirar,
Se dibujen ensueños, y estrellas,
Y nunca las ondas azules del mar!...
Coge el remo, la barca te espera,
Ya del dia despunta el albor;
Boga rumbo al pais del ensueño!...
Son naves doradas los cantos de amor!...

RAFAEL MARTINEZ RUBIO.

EL CUENTO DEL PRINCIPE BLANCO

—Será un cuento de reyes, si nó, no lo escucho. Y Lala sonrió. ¡Qué sonrisa más tentadora! Fué una ostentación deslumbrante de la púrpura de sus labios mostrando las justas hileras de sus blancos dientes: Y, sonreia, recostada en la hamaca y echando hácia adelante el opulento busto estatuario.

—Bueno; de reyes será ya que lo quiere tan linda reina. Sé bien, que, á su imaginación casi oriental, le agradan los esplendores del carro de oro de los monarcas bizantinos, ó la gama de colores brillantes de los nipones personajes que hacen zalemas graciosas al despedirse y absorven el aire para que el aliento no manche al señor que saludan...

—¿Y el cuento? interrumpió Lala, azotando con la punta del diminuto pié la aterciopelada alfombra.

—Es usted la más impaciente de las mujeres y la más linda de las criollas que conozco. Vá de cuento, no?

Este es el cuento del Principe Blanco...

Nació una mañana memorable en que los guarda—bosques habian cazado el único elefante blanco aparecido durante muchos siglos en aquel reino de Zailan.

El viejo rey Gazzurra túvolo de buen augurio y dispuso que el niño fuera llamado el Principe Blanco, su heredero en el trono.

Cuando llegó á la edad en que el niño se siente hombre, fué mandado á Paris á enclaustrarlo en una casa de educación dirijida por los sábios jesuitas más jesuitas de todos los jesuitas habidos, presentes y futuros.

El Principe Blanco tuvo su educación equilibrada por los pesos de la moral más absoluta y más pura. En asuntos del corazón enseñáronle que el sentimiento debia prevalecer al cálculo. En los negocios de Estado que la sinceridad debia primar sobre la trapaceria y el engaño. En las cuestiones ardientes de la guerra probáronle como la religión manda ofrecer una mejilla al que le ensangrienta la opuesta con el guantelete de la vergüenza.... Y en la administración de la justicia debia cerrar bien herméticos los bolsillos del interés y tener en cambio, bien abiertos los códigos, los viejos códigos de Zailam, empolvados por el olvido.

El Principe Blanco fué un gran conquistador de exámenes liceales como su padre, el viejo Gazzurra, lofué de pueblos. Sus libros eran lejiones; sus autores favoritos, generales expertos en las batallas del intelecto...

Al volver á la corte de Gazzurra, con más coronas ganadas que Neron despues de recorrer las provincias del Atica, fué recibido por la nobleza en audiencia solemne; y el arrogante principe, de talla elevada, de hermoso rostro atezado, de ojos grandes, azulados, elocuentes, agradeció la demostración con tal discurso que arrebató á los súbditos; pues, más que palabras, aquel muchacho (asi pensaba, refocilado, el viejo Gazzurra) ensartaba perlas y rubies en las frases; y sus ideas resplandecian como astros; y el sentimiento fluia de toda su persona; de sus jestos, de su palabra inspirada, espontánea, fresca, fácil, como el agua de un surtidor cristalino se estrella en llúvia de diamantes sobre el blanco mármol de la fuente. Pero, (qué libro más ameno podria escribir sobre los *peros* de la vida!) al rey Gazzurra, se le ocurrió subir en la loma blanca de su hermoso elefante y en uno de sus paseos matinales cayóse, plebeyamente, desde su real altura, siendo pisoteado por las patas del sagrado animal.

El Principe Blanco tomó las riendas del gobierno, y fué proclamado Rey de Zailam. Los zailamezes festejaron tres dias el advenimiento del Principe al trono, glorificado en una apoteósis nunca vista ni igualada en esplendores, en delirios populares, en esperanzas del más puro patriotismo.

El gobierno paternal, la justicia desinteresada, la política sin mallas de intrigas por donde pudieran escapar los peces gordos y quedar prisioneros los pequeños; el trabajo bien retribuido sin explotadores de salarios; la relijión, sin mercaderes; los mercaderes sin fraude; la familia basada en el amor; la pátria en la fraternidad de los pueblos; el

arte bebiendo la inspiración en la más pura belleza... todo ese rico maná de su sabiduría excelsa, dejaría caer el Príncipe Blanco sobre su querido pueblo. Sus teorías brillantes del Bién la Verdad y lo Bello, iban á fructificar, explendidas. La Moral iba á dar sus frutos de oro.

Y el Príncipe Blanco se sentó en su sólio para juzgar la primera causa.

Escuchó ambas partes; puso oidos á la pena juzgada por su Tribunal Supremo y se dispuso al fallo...Se reconcentró en su pensamiento! profundizó los Códigos, y, buzo triunfador de la verdad, estrajo del fondo de las léyes este mónstruo: la Ley protejiendo al más rico en detrimento del más pobre! el Juez haciendo servir la balanza de la Justicia para pesar el oro de las prevaricaciones. Y el Príncipe Blanco sentó en el banquillo á los Jueces y absolvió á los acusados.

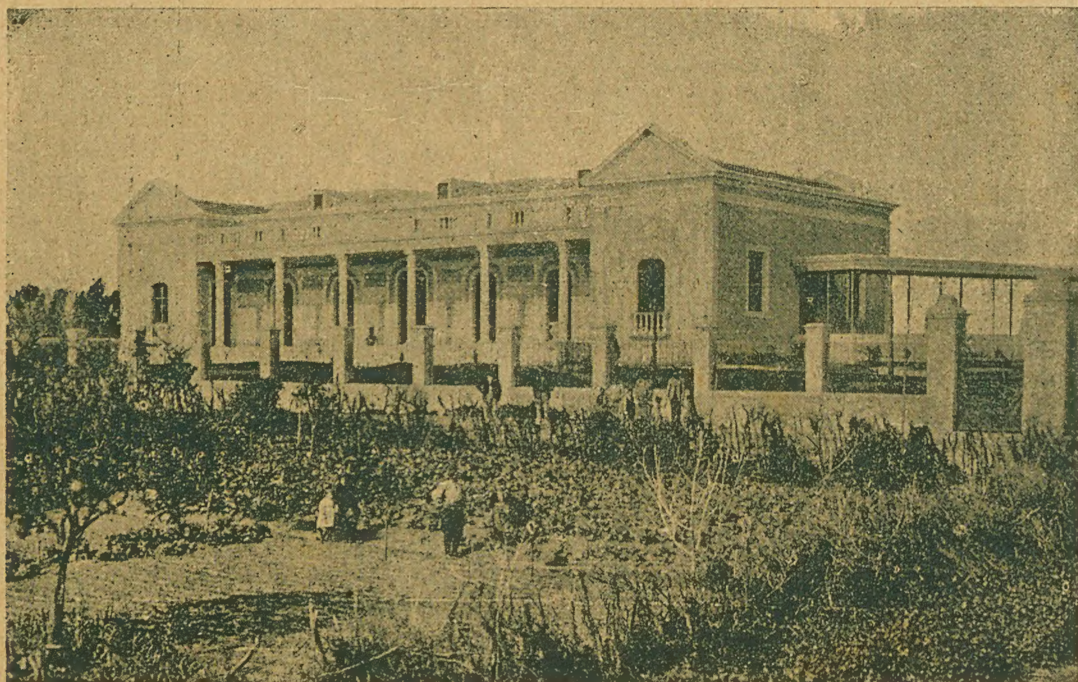
Cierta mañana, jinete sobre su caballo moro, cruzaba la campiña de Zailam, cubierta de verdores tropicales. En la puerta de bambúes de casita rusticana, admiró á una hermosa núbil, que, envueltas sus formas, ya opulentas, en los sencillos pliegues de su traje de vistosos colores, con sus ojazos negros abiertos á todas las tentaciones del Amor, sonreia, saludando al hermoso Príncipe Blanco.

Como un surco de luz dejó en la mente del Príncipe aquella belleza y después de una noche insomne, pensó hacerla su esposa... Reunió su Consejo de Ministros; participóle sus designios. El Jefe del Gabinete observóle que la razón de Estado lo ponía en el caso de aceptar la mano de la princesa Zaira, hija del rey vecino, para equilibrar relaciones internacionales y ganarse así la voluntad de los prestamistas extranjeros... Respondió el Príncipe Blanco, fiel á la moral de los textos aprendidos, que su corazón no era el Estado: que el resplandor del oro esterlino, no podia compararse al esplendor de aquella hermosa niña que le había sonreido, entreabiendo la tentación purpúrea de sus lápios en flor.. Y á los pocos dias el Príncipe Blanco dió su mano, su corazón y su trono á la mujer amada.

¡En qué mundo raro le tocaba actuar la Príncipe Blanco! Allí le daban un nombre á las cosas, y de cerca tenian diferentes aspectos. Supo que el secreto era la gran alcoba donde acuñaban el dinero, las pudibundas de su corte.

Había aprendido en los biblos liceales, que los Ministros de su Dios debían ser castos y los halló lujuriosos; que debían ser buenos, tolerantes, y los halló vengativos é intransigentes; que debían dar su riqueza á los despojados de ella, á los pobres, y vió como se acaparaban diamantes, oro, palacios... Sabía el Príncipe Blanco que el gran profeta mártir había cruzado treinta y tres años por la tierra con los piés descalzos, enjugados apenas por la seda blonda de la cabellera de una hermosa pecadora... y miró á sus pontífices cruzar las calles arrastrados en carruajes lujosos, al galopar brioso de de caballos de raza.

Su profeta mártir curaba enfermos, consolaba tristes, enjugaba llorosos; bendecía la Bondad, aplaudía la Verdad y se inspiraba en la Belleza ;¡así sus doctrinas han abierto en los destinos de la Humanidad una brecha luminosa, abierta del lado de la aurora de la dicha humana.



Hospital de Caridad de Mercedes — (De fotog afía)

Y el Príncipe Blanco vió que, orgullosos y garifos, sus sacerdotes daban á besar apenas el anillo riquisimo; vió en los pórticos de los templos un enjambre de pordioseros, supo que la Bondad era una máscara, que la Verdad había sido apuñaleada al pié del mismo púlpito por el Sofisma; que la Belleza había huido de los sitios donde el oro compra la salvación eterna y donde se vive, tan solo, para las necesidades orgánicas.

Y sin espada, con un látigo tan solo, plagiario sublime, arrojó de los templos á los sofistas y los negociantes, á los avaros y los hipócritas... Desde aquel dia tuvo su reino la luz radiante de otro sol; el libre pensamiento.

Pero (¿no podría ser yo maestro en *perosofía* ya que este cuento no es más que un enorme *pero*, colocado frente á las instituciones del mundo moderno?) Pero, el Príncipe Blanco no quería ver al obrero convertido en carne de máquina; á la mujer, en carne de placer; al soldado en carne de cañon... Qué loco! se empeñaba en leer que el que robaba para su subsistencia era un filósofo que hacía por el prolongamiento de la especie; y que en cambio, el especulador por miles y por millones merecía la cárcel. Qué loco! erutaban los adiposos abdómenes de los ricos propietarios de Zailam.

Y á más de loco, soñador. ¿No se le antojaba al contemplar las cuatro puntos sangrientos de la Cruz del Sud en el cielo constelado, que la Humanidad estaba sujeta por los cuatro clavos de la Fuerza, el Dinero, la Superticion y el Dolor, tendida sobre ese suplicio colosal?...¿Y no tenía la audacia de soñar con el planeta regenerado por el Amor y la Justicia?...

La hora de la catástrofe de todos los Redentores se le acercaba... El rey vecino, el padre de la desdeñada Zaira, declaró la guerra al Príncipe Blanco... Este, miró á su alrededor buscando sus defensores, aunque jamás hubiese talado los campos ni llevado á la gloria á golpes de espada á sus soldados...Estaba sólo, abandonado!

Así el Príncipe Blanco, se desterró á un país lejano á meditar toda su vida por que había nacido tan temprano en un mundo que predicaba una moral divina y ejecutaba acciones amasadas con barro de béstias.

—Pero ¿qué es eso? Lala se ha dormido. ¡Qué linda está con la boquita roja entreabierta, la cabeza encantadora sobre el respaldo de la hamaca! Voy á cobrarme el precio del cuento con un beso... Ya está!...qué delicioso!

—¿Qué es eso?, pregunta Lala, despertando sobresaltada.

—Que el cuento del Príncipe Blanco ha terminado.

—¿Quiére Vd. repetirlo?

FRANCISCO C. ARATTA.

Montevideo, Noviembre 6 de 1897.

VENENOS

Sé que parecen tus purpúreos lábios,
Entre el níveo blancor de tus mejillas,
Rosa temprana que arrogante crece
Sobre manto esmeralda en la campiña;
Mas sé también que las pintadas flores
No todas guardan delicioso néctar,
Si nó que dentro de un fragante cáliz
Un licor ponzoñoso se consentra!

AGUSTIN SOLLA.

Montevideo, Noviembre 6 de 1897.

A LUISA

Cuán gratos pasaron
Los días aquellos,
Tan puros y bellos
Que no volverán;
Pasaron cual pasan
Rodando muy lento
Al soplo del viento
Las olas del mar.
Entónces de amores
Henchida mi alma
Gozaba en su calma
Placeres sin fin;
Y grata la mente
Forjaba en sus sueños
De amores risueños
Un mágico edén.
Más ¡ay! ya pasaron
Por siempre esos días
Que en noches sombrías
El hado trocó;
Y sólo el recuerdo
Batiendo sus álas
Me trae de sus galas
Un ténue fulgor.

Edo. Bacía.

Montevideo, Noviembre 5 de 1897.

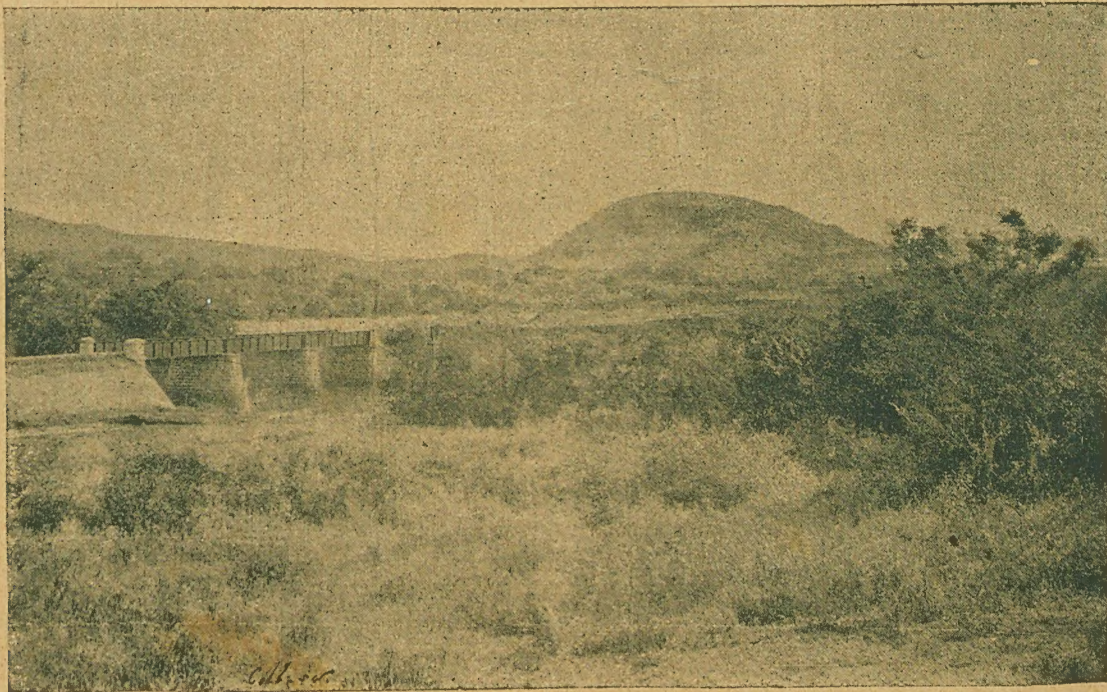
EL MISAL ROJO

MEMENTO

El Emperador de las Santas Tristezas viene, con los grandes cabellos atormentados por las zarzas de su sangrienta coronación. Su estatura llena el horizonte, y sus enormes cabellos flotan sobre la vasta palidez de oro con que el crepúsculo agranda el horizonte. Viene á pasos y parece que viniera volando. Viene solo. Los grandes arcángeles, con sus sables envainados, deben estarle aguardando, meditabundos, detrás de aquel desvanecimiento de crepúsculo. A medida que el cielo, ante la evasión de la tarde, se pone blanco como un estanque helado, la tierra se torna horriblemente negra—como un buitre que comienza á echar plumas. El Santo de los Santos viene solo. Viene esparciendo á su alrededor un gran silencio. Con sus manos ensangrentadas viene, y con sus ojos llenos de una luminosa compasión. Sus inmensos pasos ensangrientan poco á poco el crepúsculo. A la Ciudad de los Sueños Inconmobibles se dirigen sus pasos. El crepúsculo ha vuelto las espaldas á la tierra.

*
* *

La ciudad está hondamente dormida como un fondo de mar bajo una inmensa carga de olas. Sin embargo, una especie de erizamiento la recorre. Diríase que aquello sueña más bien. Los árboles se inclinan para escuchar algo. El cielo va levantándose como una negra encina que crece. Desde la pesada muralla de los horizontes, el crepúsculo, á la manera de un suicida trágico, se inclina sobre el abismo. Poco á poco la ciudad va llenándose de un hormigueo invisible. Los árboles se han petrificado de silencio. El aire está inmóvil como una mortaja. Sin embargo, hay alguna cosa que se mueve, más ligera que el aire, más extenuada que el aroma de las flores agonizantes. Un confuso levantamiento se opera en aquella tierra de penas. Créese ver algo. Nada se vé. Antes se vería el viento. Una cosa fria sube de aquella tierra. Un frio que hiela los huesos y no la carne. Los ojos pueden agrandarse desmesuradamente. Nada se vería. Sin embargo, las manos tocan algo: tocan el frio. El crepúsculo, vacilando ante la inmensidad, acaba de caer al abismo.



Cerro Crawford y puente sobre el arroyo de las Cañas en el departamento de Tacuarembó — (De fotografía)

*
* *

El señor va cruzando tan extraordinaria ciudad. Ahora la ciudad está llena de gentes. Algunos se aproximan á su silencio. Semejantes sombras hablan:

—Señor, dice un hombre de barba polvorosa y mirada rampante, yo soy el más miserable de los miserables; yo conocí la dulzura de tus manos sobre mi cabeza; yo vi tu gloria radiando como el resplandor de las nieves, tan pura era; yo viví de tu bondad como se vive del olivar heredado honradamente; yo sentí caer sobre la aridez de mis maldades tus lágrimas de inagotable misericordia. Tuve sed de oro, Señor, sed del oro que nunca había conocido. Quise gozar en mi carne, quise el vino de las alegrías para incendiar mi sangre, los besos de las mujeres para saciar mis fiebres, la seda de los telares para cubrir mis espaldas: la gloria, la deslumbrante gloria del oro. Yo era un pobre, Señor, y las grandezas de Jerusalem me deslumbraron. Por una hora de goce lo sacrifiqué todo. Te vendí, Señor, como se vende un fardo de mercancías. Tenía sed de placeres; la miseria me mordía las entrañas. Mi vida habíase deslizado en el hambre, la desnudez y la castidad vergonzante. Quería una hora de hartura, de embriaguez; una hora de amor y de seda. Yo, que podía haber conseguido una fortuna, pedí solo treinta dineros; tan ciego estaba! ¿Por qué había, entonces, viñas tan fértiles y mujeres tan bellas? Treinta dineros era el precio de mi hora de placer, y por esa hora vendí tu sangre. Yo no era un avaro, Señor. Era solo un hambriento. Señor, yo soy un miserable!

Y la voz del divino caminante:

—¡Duerme en paz, Judas!

*
* *

—Señor, dice un hombre de cabeza feroz y manos nudosas, yo te negué desde el horror de mi suplicio. No te conocía sino por los cuentos de las tabernas y por el terror de las prostitutas. Mi salvaje ignorancia te negaba y subí al patíbulo creyéndote un impostor. Oí tus siete palabras terribles en la formidable agonía de tres horas; vi nublarse el sol, vi llorar á los pájaros y temblar las rodillas de los caballos cada vez que tu acento sonaba sobre los montes. Es un mago poderoso, me decía. Han hecho bien en prenderle. Parece que quería ser rey. Subleva á los pueblos como un viento maléfico y predica cosas aborrecibles. Quiere que el judío ame al romano, que el esclavo lama la mano qué acaba de azotarle, que el pobre se pegue á sus harapos, que el recogedor violento de de los caminos restituya el oro ganado con peligro de su vida en trágicas emboscadas.

No, sin duda, no es más que un hechicero. Que se baje de su cruz y creeré en él. La sangre de mi suplicio me obscurecía los ojos y el entendimiento. Una sola idea se despertaba en mi cada vez que tus grandes palabras sonaban; la idea que todos tenían: que se baje de su cruz, si puede, y creeré en él. ¿Qué más podía pensar, Señor, el miserable salteador de caminos? Si hubieras bajado de tu cruz, Señor, hubiera creído.

Y la voz del lamentable caminante:
—¡Duerme en paz, Gestas!

*
* *

—Señor, dice un hombre de espinazo encorvado y túnica harapienta, yo te arrojé de mi dintel cuando pasabas en la tarde sangrienta con tu cruz á cuestas. Tus dolores me inspiraban una conmiseración infinita, tu pasión sacaba lágrimas de mis ojos; pero tenia miedo, Señor, tenia miedo á los fariseos y á los soldados del Pretorio. Yo te negué un instante de descanso, á pesar de tu rostro que hubiera hecho fundir en llanto la cólera de bronce de los leones; á pesar de tu cansancio, digno de inspirar compasión al granito de las montañas; á pesar de tu sangre, que regaba el polvo como un arroyo de pedrerias; á pesar de tu sed enorme, más ardiente que el fuego del sol... Pero yo tenia mujer é hijos, Señor, y la multitud enfurecida podia saquear mi vivienda y maltratarnos si cedia á tus súplicas. El miedo me apretó el corazón con un puño de hierro y te negué el reposo, á ti, Señor, que llevabas en tus hombros todos los pecados del mundo. Mi mujer y mis hijos podian padecer hambre y persecución por mi causa, y no tuve valor para verlos sufrir. Llorando me quedé, Señor, después que pasaste, dejando tus dos pies pintados en sangre sobre la piedra de mi puerta. Fui cobarde, Señor, cobarde como una raposa. Veinte siglos hace que estoy andando.

Y la voz del compasivo caminante:
—¡Duerme en paz, Ahasverus!

*
* *

Y camina, que camina, el Señor, á través de aquella población de sombras. De repente, una, la más demacrada, la más horrible, lease de la túnica. —Señor, yo negué mi limosna á Lázaro, pero fué por culpa del vino. Estaba ébrio. Mis convidados se hubieran echado á reir de mi debilidad para con el mendigo. Yo comia de mi heredad, Señor; á nadie habia robado, á nadie habia querellado para arrebatarle su hacienda. Cumplí con todos los mandamientos de la ley, pagué todas mis deudas, dejé mi nombre grabado en veinte columnas del templo; mandadas labrar por mi en el más rico jaspe. Aquella noche me divertia, Señor, y no podia atender á todo. Lázaro no se murió, además, por falta de las sobras de mi mesa...

—¿Pero quién eres?

Una inmensa palidez apaga las estrellas.

—Soy Eliphaz, el mercader de la puerta Aurea; más de una vez, Señor, te vi cruzar por la mia cuando predicabas al pueblo, en Jerusalem. Yo comerciaba en púrpura de Tiro y en lino de Egipto. Mi bazar era el más rico de la ciudad. Maria de Mágdala compraba mis telas. José de Arimathea era cliente de mis bálsamos. Habréis oido, Señor, hablar de mi en el Sanhedrin, en el templo, en el Pretorio. Poncio me consultaba con frecuencia... Pero, Señor, Lázaro me ha perdonado. No guarda, el santo hombre, ningun rencor contra mi. Ahora reconozco que no soy digno de tocar con mis lábios el polvo que hollaron las sandálias de Lázaro. Yo amo mucho á Lázaro, Señor; si pudiera compartiria con él todo mi oro...

—¿Pero quién eres?

Un gigantesco estremecimiento sacude los intercolumnios de la noche.

—Señor, soy Eliphaz, de la tribu de Manasés, hijo de Aminadab y de Sophronia. Mi bazar era el más suntuoso de Jerusalém. Mis consejos eran luz del Sanhedrin. La mirra con que embalsamaron tu cuerpo salió de mis almacenes, Señor. Lázaro me ha conocido. Mi mujer se llamaba Pharés la blonda, Maria de Mágdala compraba mis inos.

Y hé aquí que el Señor ha mirado al espantoso fantasma. Sus ojos son dos profundidades luminosas. Sus cabellos son vastos como una nube.

Las tinieblas se apoyan sobre la frente del horrible resucitado.

—Soy Eliphaz, el mercader de la tribu de Manasés, hijo de Aminadab, hijo de Abias, hijo de Sadoc. ¡Perdóname, Señor! Soy Eliphaz, el mercader de la puerta Aurea. Soy el rico avariento que negó su limosna á Lázaro!

El Señor ha respondido:

—En verdad, Eliphaz, no te conozco!

Leopoldo LUGONES.

Buenos Aires, Noviembre de 1897.

TRISTEZA Y SOLEDAD

(INÉDITA)

¡Qué triste soledad! de negras nubes
Cubierto miro de mi dicha el cielo,
Ya la noche tendió su negro velo,
¡Qué triste soledad!
Frio mi corazón como la nieve
Por falta del sol de su esperanza,
Ya ni del mundo mentiroso alcanza
Un resto de piedad.

Glorias con que soñó mi mente un dia,
Recuerdos de mi infancia irreflexiva,
Ilusión de mi alma grata y diva,
¿Por qué os perdí, por qué?
¡Ah! los vientos en sus álas os llevaron
Dejándome tan sólo noche obscura
En cuyas sombras ni aún la luz fulgura
Del astro de la fé.

Tinieblas solamente me rodean,
Por la senda que voy cruzando errante;
Abrojos voy pisando á cada instante,
Mis ojos no los ven.
Cada herida que causan en mi cuerpo [fundo
Me cuesta un ¡ay! aún más que el mar pro-
Qué el éco al repetirlo, todo el mundo
Lo escucha con desden.

¡Qué cambio!... ayer la luz de los amores
Con todo su esplendor brillar miraba,
Ayer por todas partes encontraba
Amor, felicidad.
Hoy la luz del amor está apagada,
Para mi corazón no alumbra el dia,
Hoy solamente encuentra el alma mia
Tristeza y soledad. (1)

Eduardo SUEYRAS.

Montevideo, Diciembre 25 de 1874.

(1) Debido á la ama'ilidad de dos caballeros hemos obtenido los manuscritos del malogrado poeta nacional Eduardo Sueyras, del cual empezamos hoy en nuestra revista á publicar sus inspiradas poesias, con la muy sentida *Tristeza y Soledad*.

VERRONIANA

No importa que las bocas amordacen,
ni que del bien y del honor se mofen,
en tanto que haya lábios que apostrofen,
en tanto que haya brazos que amenacen.
No importa que los vicios inoculen
ni que al deber y á la verdad persigan,
en tanto que haya lábios que maldigan,
en tanto que haya manos que estrangulen.
Mientras haya unos lábios que apostrofen,
mientras haya unos brazos que amenacen,
¡no importa que las bocas amordacen
ni que del bien y del honor se mofen!
Y mientras haya lábios que maldigan,
y mientras haya manos que estrangulen,
¡no importa que los vicios inoculen
ni que al deber y á la verdad persigan!

Daniel MARTINEZ VIGIL.

Montevideo, 1897.

¡Cesante!

Elementos de novela

POR

Pedro C. Miranda

III

Y treinta años hacia que Don Casto llevaba esta clase de vida, sin alterarla en lo más mínimo: de su casa á la oficina, de esta á su casa, siempre contento, siempre de buen humor; tomando su tacita de thé con leche y tostada al llegar á su hogar, cenando más tarde en compañia de su dulce y cara mitad; jugando al dominó en el café, un ratito de noche; acostándose invariablemente á las diez; y vuelta á la mañana siguiente á desayunarse tempranito con la tostada y el thé con leche; y marcharse á la oficina á la hora justa, paso á paso, para digerir bien el almuerzo compuesto de dos ó tres platillos: una sopa, un bife, fritangas de huevos ó salchichas; unos postrecillos de queso y dulce ó de nueces y pasas!... Treinta años!...Treinta años que se sentaba diariamente á la misma hora y pasaba infaliblemente una cantidad igual de horas todos los dias ante aquella mesa de trabajo, en aquella salita adornada nada más que con una porción de viejas sillas y los casilleros repletos de expedientes rotulados con letras doradas puestas en órden alfabético... ¡Qué bien se encontraba en aquel sitio en que habia pasado lo mejor de su juventud!... Fuera de alli moriria de tédio, de pesar... (solia decirme don Casto, contándome las impresiones íntimas de su vida de trabajo.) Y recordaba feliz todas aquellas impresiones de sus treinta años de labor en aquella piezita, para él, inolvidable y querida: el toque de las campanas de la iglesia, que sacaban del fondo de su memoria dulces recuerdos de su niñez, las misas y novenas á las que asistia entre sus condiscípulos y maestros; el reloj de un convento, que llenaba su alma con la satisfación del deber cumplido al sonar las campanadas que ponian límite á sus tareas; el rítmico golpeteo del martillo sobre el yunque de una herreria, cuyo ruido sonando musical en su oido traia á su mente la ilusión de una frágua, allá en su infancia, y, á varios chicos embobados, entre los que se veia él, contemplando el rechispear y los rojizos resplandores que partian del yunque; el gritar de los vendedores ambulantes, el vocear de los muchachos diaristas, el rodar de los vehiculos, cosas tan familiares para él, que distinguia todas esas voces y ruidos de la calle y sabiase de memoria las horas en que se producian estos; el aporreo de un piano, los gorgoritos de una *diva*, las escalas de un violon murguista ensayando su papel, lo cual le representaba las remotas noches en que con otros jovenzuelos concurria á la sala de algún teatrillo, de donde salia gozoso tarareando las cancioncillas de las zarzuelas en boga; los sones de una banda militar, que solia pasar por la calle, cuyos écos, ya vagos ó ya sonoros, según la ráfaga de aire que los impelia, haciánle latir el corazón, recordándole los mejores tiempos de su juventud, su solteria, su época de bailes y diversiones, dándole tentaciones de soltar la pluma y ponerse á girar y brincar alli mismo, al compás de aquella música marcial; sus rápidas ojeadas, por la ventana, sin moverse de su sitio, en un brevisimo paréntesis de su ocupación, dirigidas al trocito de cielo, azul en los dias claros y gris en los nublados ó de tormenta; al agua qué caia en los lluviosos, á las brumas del invierno, á los caprichosos y fugitivos dibujos del humo de algunas chimeneas, y por último á los balconcitos de enfrente

á través de cuyos cristales se contorneaban algunas siluetas femeninas: era un taller de modas... Todos, todos estos detalles, y otros muchos, para él encantadores, evocados de sus treinta años de pasante en aquella misma oficina, hacian vivir en su mente las horas de bienestar y de alegria deslizadas allí siempre unido á su mesa continuamente escribiendo, con su hermosa letra, infinitas carillas de papel!

(Continuará).

El Arte en Montevideo

—¿Qué es eso, amigo Alceda, no se ocupa ya de Arte pictórico? ¿Ya ha decaido su juvenil audacia en propender á la educación estética de este pueblo que solo mira con los ojos de los politicos que lo llevan adelante de sus ambiciones?—Asi me dijo el artista B... á quien respondile:

—Rios de tinta sobre olas de papel escrito, no sacarian á nuestro pueblo de su indiferencia presente por las manifestaciones artísticas. ¿Vd no se ha fijado qué hermosas patatas espenden en el Mercado? ¿Para qué las flores, cuando priman las coliflores?... Pero, no importa, lancemos una avalancha de rosas en ese mercado, rosas de arte, y que su perfume embriague á los guardianes de cajas de hierro.

Hablando ási penetramos en el local del Club Español para admirar la brillante Exposición Artística con que el conocido pintor Casanova dá muestras de su talento pictórico.

Sabia yo bien que Casanova estudiaba; que delante de la naturaleza se ha pasado dias enteros robándole sus secretos, la gloria de sus auroras y sus ponientes magnificos... pero, la verdad, no concebia que habia progresado tanto como en esta exposición lo demuestra....

Tiene cuadros en que los estudios del artista se hallan en vias de formación, de consistencia; se conoce el esfuerzo por el progreso; pero, en cambio, hay otros en que el color está arrojado, fresco, espontáneo, con una facilidad de toque y un esplendor de empaste que nos encanta.

¡Vaya, que hay que hacer poesia delante de tanto cuadro bueno de Casanova!

Sobre todo los paisajes. En las figuras podria pedir algún exigente un poco más de vigor en el trabajo, pero, en las marinas aquellas *au clair de lune*, no puede pedirse mejor ficción pictórica de la naturaleza.

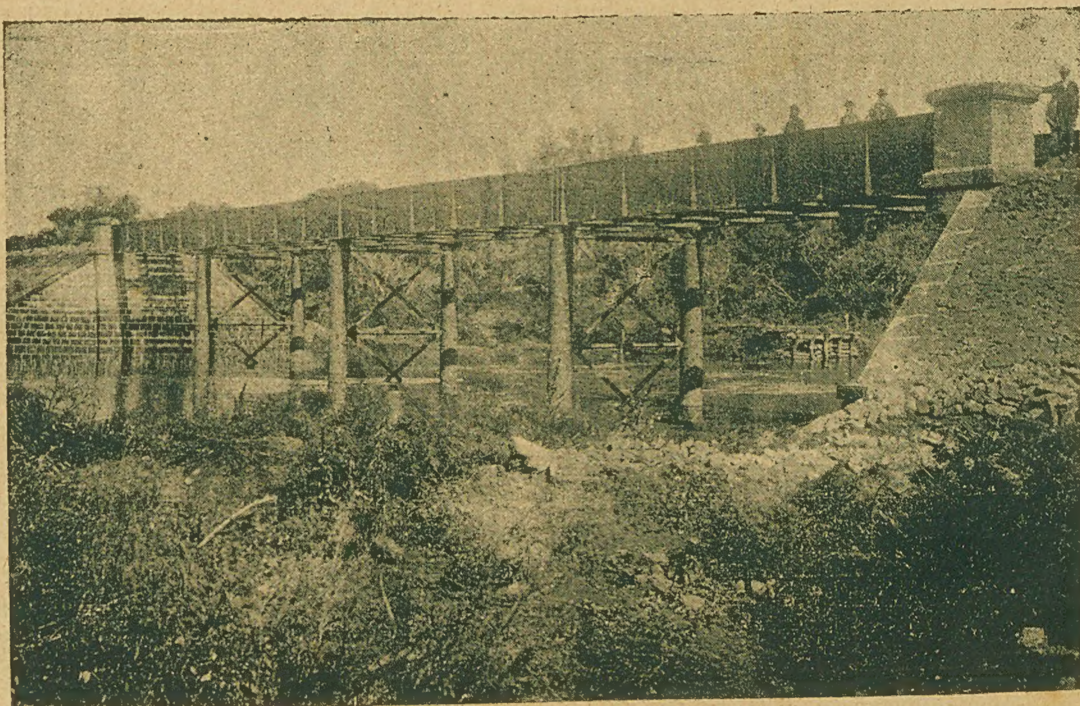
Estos cuadros honran al Club Español, y nos manifiestan que hay en su seno, socios amantes de lo bello; que habla más á favor de un Centro social una exposición de Bellas Artes, por infima que sea, ó un concierto, ó una velada literaria, que todos los banquetes, bailes y francachelas con que puedan recrearse los que viven solo para las sensaciones materiales de la vida.

Alentamos á Casanova á seguir en su loable tarea de estudio ya que no le falta la materia prima para llegar más adelante: ideas, inteligencia y buen gusto.

***

Varios discipulos del profesor Bersani le han pedido que exhiba de nuevo el notable retrato que hace tiempo hizo del conocido comerciante señor Gibert. Creemos que debe hacer porque lo vean tan relevante obra de arte, pues ási aprenden con su vista como se ejecuta, con un rigor de dibujo á que estamos poco acostumbrados.

***



Puente sobre el arroyo Laureles, en el limite de los departamentos de Rivera y Tacuarembó — (De fotografía)

Jaume y Bosch es un jardin. Digo: tiene en su paleta más flores que un jardin; las arroja á montones, frescas y lozanas sobre las telas. Asi vemos ese cuadro que exhibe en lo de Maveroff. Es una hermosa *corbeille* desbordante de flores primaverales....

***

He visto tambien unas rosas grandes como peonias en lo de Maveroff, firmadas por *Cazel*: que otro las *caze* mejores: estas de Cazel son inmejorables.

Y si es un seudónimo debe revelar su nombre verdadero porque los artistas deben ser como los soldados, dar la cara al enemigo...de la critica, y fuego! sobre la maledicencia!...

***

He recibido diarios de Italia donde veo que Perlasca ha progresado en los cuadros que exhibe en la anual Exposición de Lugano en Suiza.

Dice un critico eminente (y valga esto para reconciliarlo con los que creian que estaba retrasado en sus estudios con motivo del mal efecto por su cuadro La Paz) que Perlasca es «un hombre casi resucitado, «porque lo veo deslizado de aquel misticis- «mo gris y nebuloso, á que nos habia «acostumbrado, y que tenia, no obstante, «su nota simpática ya caracteristica, pero «los cuatro cuadros que ahora expone son «absolutamente lo opuesto. Es otra paleta, «valiente y desbordante. Es otro cielo; son «figuras, ambiente, vida diversas: vida «verdadera y vigorosa, de forma, de colo- «rido, de luz y de tonalidades».

Con ese juicio me ha dado satisfacción Perlasca, ya que tanto he combatido por él contra la envidia de los compañeros del Arte y la ignorante critica que por gusto estulto de hacer daño mete las narices por todas partes.

Qùe el ejemplo del progreso y del éxito de Perlasca sirva de estimulo á los más combatidos, á aquellos artistas que tienen la virtud de la perseverancia y del estudio, dos andadores con los que se hace gran camino, con los que se llega á la meta del aplauso popular.

Raul de Alceda.

PRIMAVERA

Para Américo S. Mancebo.

Es el tiempo en que Natura,
jóven, alegre y lozana,
por todas partes sonrie,
mostrando espléndidas galas.
Cuando abriendo sus corolas
las violetas perfumadas,
en cambio de un casto beso,
esencias dan á las auras.
La linfa, que helada ayer
era un espejo de plata,
donde el triste sol de invierno
pálida luz reflejaba,
hoy corre alegre y risueña,
salpica flores y plantas

y en su murmurio celebra
la libertad recobrada
¡Ya los frutales ostentan
penachos de flores blancas,
hinchados sus tiernos troncos
con exhuberante sávia;
y bullen los insectillos
al despertar en la grama,
y escúchase el dulce canto
de la alondra enamorada.

De primavera es el cielo
sin celajes y sin niebla,
en que el sol radiante y puro
en las ondas, se refleja,
de la fuente que murmura
corriendo entre fina arena,
y las flores agostadas
que no se bañan en ella,
quizá envidian la ventura
de sus lindas compañeras.
Los frutales, en que el cielo
derramó tanta riqueza,
sus verdes, pesadas ramas,
inclinan hácia la tierra.
Junto al frondoso manzano
se mecen las azucenas,
y de la fruta y las flores
se mezcla la grata esencia.
Y mil insectos dorados
junto al árbol juguetean,
zumban en torno á las flores
y al fin se posan en ellas.

Un niño de pocos años
de mejillas sonrosadas,
cuya rúbia cabellera
corona una frente cándida,
con ademan distraido
é indiferente mirada,
junto á la linfa sonora
contempla belleza tanta.
¿Qué pensamientos le absorven?
¿Por qué la tristeza vaga
que su semblante revela
y en sus ojos se retrata?
Es huerfanito y es pobre,
su madre desconsolada
el miserable sustento
con rudo trabajo gana;
y el niño llora con ella,
con ella suda y trabaja,
y al recordar de otros niños
la existencia descuidada,
su inocente travesura
y su infantil algazara,
no siente enojo ni envidia
más con ellos se compara;
y suspira el desdichado
por los goces de la infancia...
Más cautiva su atencion
una mariposa blanca
que al pasar roza su frente
con sus puras, ténues álas.
Son sus giros caprichosos,
son sus formas delicadas.

Los insectos zumbadores
que en torno del niño vuelan,
pasan á veces rozando
los rizos de su cabeza,
y la blanca mariposa
que trisca entre las abejas,
pósase algunos instantes
sobre una fresca azucena,
luego á la vista del niño
bate sus álas, ligera,
y un murmullo inperceptible
parece decirle: ¡Espera!

WERTHER.

LA HOJA BLANCA Y LA HOJA VERDE

(TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS ESPECIALMENTE PARA « VIDA MONTEVIDEANA »)

Al extender la blanca hoja que será entro de poco, un cuento cuyo titulo ignoro aún, una ancha hoja verde, la hoja de un árbol exótico cuyo nombre no sé, roza los vidrios de una alta ventana; y esto es como un desafio, como la invitación á una junta: paréceme que este dia de estio me provoca: «Veremos cual de los dos dice una cosa más agradable: si tú sobre la hoja blanca ó yo sobre la hoja verde»: Y bién, radioso dia, acepto tu cartel; veremos si lo que yo tengo de poesia no es más que lo que tú tienes de sol, de colores y de infinito; y á reglón seguido comenzaré un cuento. No tienes más que á atender.

«Habia una vez cierta reina de Asia tan radiante de belleza, tan adornada de záfiros, de rubies, de sardónicas, de crisafrasos y de berilos, que desde lejos se la tomaba por un diamante más luminoso que todos los diamantes de un estuche de pedrerias. Pero esta resplandeciente reina, era sobremanera perezosa, sin duda á causa del enorme calor que hacia en su pais; bién que siendo magnifica soberana, tuviera en sus portales, como la flor de un ramillete, todos los goces que puede ofrecer la omnipotencia á la omnibelleza, guardábase bien de trinar ni de aspirar ninguna por si misma. Semejante por un absurdo ingenioso, á un sátrapa de quien, no sé donde he leido la historia, tenia cinco jóvenes esclavas para sus cinco sentidos. Una, haciendo á veces de oido, oia para la reina las harmoniosas melodias del ruiseñor y los madrigales de los nómades bohemios, esos principes, de los creyentes y soñadores poetas, esos dioses, esos impotentes bulevarderos del bulevar de Sirinagor, esos imbéciles; otra era la vista, y se complacia por la reina en las lejanias brumosas, en los azules horizontes, en las avenidas, en el tumulto versicolor de las fiestas, en el esmalte tornasolado de las sedas, en las amables formas, finas donde es debido y redondas donde hace falta, de los jóvenes señores y de las jóvenes damas también; otra era el olfato y se extasiaba por la reina ante el corazón ardiente de las rosas, de los buenos aromas surgidos de los platos argentinos entre las alas de una pintada, asada en fuego de sarmientos, servida en salsa carmelina (esta salsa es la mejor de las salsas!) y de las confesiones de los deseos rojos ó morenos, que exalan los flancos de las señoritas que han valsado largo tiempo con valsadores que abrazan bien; otra era el gusto, consagrado á los licores azucarados que componen las negras de las islas, y á la intensidad de las trufas; otra era el tacto... Un pudor que nadie reprobará, me impide decir en qué funciones especiales suplia la quinta esclava al tacto de la reina. Sin embargo, ésta, en su pereza, se consideraba dichosa? Nadie lo supo jamás ni aun aquélla de sus sentidos que era el oido, porque la reina no hablaba! Pero centelleaba, extraordinario diamante, entre los berilos, los crisofrasos, las sardónicas, los rubies y los záfiros»

Y bien! dia de estio, que piensas de mi cuento? No he triunfado con mi vecina parecida á un desbordante estuche de pedrerias, de la hoja verde que roza la ventana, y que parece, á mi modo de ver, un milagroso escarabajo de mil pequeños casquillos de astros, iluminado de sol? Vamos, vamos, es bonito tu escarabajo; sea. Se podria discutir. Yo no discuto. Hablemos de otra cosa.

«Habia una vez dos héroes que amaban á la misma diosa! Como, en realidad, no ha habido sino dos héroes sobre la tierra, uno se llamaba Aquiles, el otro se llamaba Rolando, y en cuanto á aquélla que ambos amaban, bien comprendereis, puesto que no ha habido sino una diosa, que era Afrodita, tibiamente nevada como la espuma maternal. Combatieron, pues, por ella á la orilla de la mar, que interesándose por la suerte de su hija, acumulaba en la orilla sus ondas atentas, suspensas! Y fué un sublime combate; á causa de las armaduras blancas, vi los relámpagos que surgian de la blancura de los aceros, y de la belleza de la sangre sobre la plata de las armaduras surcadas de heridas rojas! Combatieron todo un dia, toda una noche, y después todo un dia y después toda una noche y tantas noches y tantos dias aún, que el sol y las estrellas se cansaron de verlos combatir. Y por cien heridas, vanas, puesto que no son de muerte, la sangre del uno desafia la del otro á causa de Afrodita, bermeja como la herida suprema, blanca como la muerte en los labios del vencido! Y continuaron batiéndose...»

Miro la hoja que roza á la ventana. «¿Qué piensas de mi cuento, radiante dia de estio?» Miro más fijamente, y veo sobre el verde satin liso, el duelo de dos fulgores por alguna fulgura escondida sin duda entre un pliegue de la hoja. Precipitanse, pequeñisimos, uno contra otro, espantosos, se aprietan con alas imperceptibles, hasta que uno se devora al otro. Y me veo obligado á confesar que Aquiles no hubiera devorado á Rolando, ni Rolando á Aquiles, seguramente. ¿Estoy vencido? No, todavia. Recomencemos. Espero triunfar por medio de milagros humanos que la naturaleza no sabria igualar.

«Habia una vez una muchachita en un camino. Y era aquella chica, tan chiquita, que podia pasarse sobre ella sin percibirla, á menos de estar prevenido. ¿Dónde comeria? ¿Dónde dormiria? Llegó otra pequeñita que tenia hambre también, y que tampoco tenia hogar y dijo á la otra: por lo menos hay en los campos buena hierba que comer, y no está prohibido dormir en cualquier hueco de pared antigua...»

Levanto la cabeza hácia la hoja verde, y veo una hormiga que se aproxima á otra más pepueña, la levanta como hubiera hecho con un niñito abandonado, y se la lleva, descendiendo por la hoja, hácia el hormiguero. Cómo! ¿No triunfaré, pues? Y sueño, sueno...

«Habia una vez un jóven que amaba á una niña. El tenia quince años y ella catorce. No los permitian estar juntos porque eran muy jóvenes y porque sus padres no habian resuelto casarlos todavia. Sin embargo, todo el mundo—aun aquellos que los prohibian—estaba contento de verlos juntos: tan hermoso es ver que haya todavia amor sobre la tierra! Aquellos jóvenes amantes se escapaban de sus casas por la noche, se iban á un sendero muy estrecho—demasiado estrecho aunque no lo bastante—hácia el tierno y encantador nido del bosque. Y eran entónces largos, largos, largos, verdaderos, verdaderos besos de bocas que no piensan en nada más, besos, besos, besos todavia, en el negro, tierno, y encantador nido del bosque; y todas las noches hay en el mismo rinconcito verde, largos, largos, largos besos!»

Interrúmpome y me vuelvo hacia la ventana. «Qué tienes que responder, dia de estio?» Conocida es la inmoralidad de tus nidos, donde las hembras de los pinzones que no emigran en otoño, viven con los gorriones francos. Mal harias en objetar á la ortodoxia, todavia afirmables de nuestras bocas, respondiendo con la evidente y amorosa herejia de tus picos! Y tengo curiosidad de ver lo que habrá al respecto sobre tu verde hoja.

Ya no hay más hoja. Se ha ido; ha desaparecido vencida. Pero la ventana se abre y un poco de brisa habla: Si, si, has triunfado, dice el céfiro que pasa. Porque tus nidos son tan inmorales, la hoja ha renunciado á la lucha. Pero te ha creido, ha pedido á uno de mis soplos que la arrancara del árbol, que la llevara, que la condujera hácia los bosques negros y tiernos donde hay verdaderos y largos, largos, largos besos. Ay! Desengañada por tu reto al adorable estio, será bien pronto una hoja, desilusionada y muerta, porque los verdaderos besos, desde la invención del pensamiento en amor, ni en el bosque ni en los nidos—se encuentran más!

CATULLE MENDÈS.

Establecimiento gráfico á vapor, Convencion 82.